

LA VIRGEN MORENA

OAKLAND ROSS

BERNÁN CORTÉS Y MOCTEZUMA.
EL RELATO DE LA LUCHA ENCARNIZADA ENTRE
DOS GIGANTES DE LA HISTORIA.



Annotation

Contraviniendo las órdenes del gobernador español, el intrépido y ambicioso Hernán Cortés se embarca en Cuba y llega a las costas de México a principios del siglo XVI. Fascinados por las riquezas y el esplendor de los indígenas de esta tierra, los españoles se disponen a tomar el control de esta parte del mundo, y traen consigo una multitud de desastres y derramamientos de sangre sin precedentes que provocarán la caída del poderoso Imperio azteca. A través de los ojos de Pitoque, un humilde comerciante de Cholula, asistimos a la maravilla de los indígenas ante la llegada de esos extranjeros, que son vistos como el cumplimiento de una antigua profecía del dios Quetzalcóatl, y a la trama de intrigas, traiciones, pasión y crueldad que protagonizan Hernán Cortés y el gran emperador Moctezuma.

OAKLAND ROSS

La virgen morena

Traducción de Isabel Merino

Grijalvo

Sinopsis

Contraviniendo las órdenes del gobernador español, el intrépido y ambicioso Hernán Cortés se embarca en Cuba y llega a las costas de México a principios del siglo XVI. Fascinados por las riquezas y el esplendor de los indígenas de esta tierra, los españoles se disponen a tomar el control de esta parte del mundo, y traen consigo una multitud de desastres y derramamientos de sangre sin precedentes que provocarán la caída del poderoso Imperio azteca. A través de los ojos de Pitoque, un humilde comerciante de Cholula, asistimos a la maravilla de los indígenas ante la llegada de esos extranjeros, que son vistos como el cumplimiento de una antigua profecía del dios Quetzalcóatl, y a la trama de intrigas, traiciones, pasión y crueldad que protagonizan Hernán Cortés y el gran emperador Moctezuma.

Título Original: *The Dark Virgin*

Traductor: Merino, Isabel

Autor: Ross, Oakland

©2002, Grijalvo

ISBN: 9788425337062

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 22/07/2019

Oakland Ross

La virgen morena

TÍTULO original: The Dark Virgin

Primera edición, octubre, 2002

© 2001, Oakland Roas

© de la traducción. Isabel Merino

ISBN: 14-253-3706-2

Depósito legal: B 34.172 — 2002

Para Cessie, Kate, Nikki y Dori

Y digo que miraba, allí inmóvil, y pensaba que ninguna tierra como aquella se descubriría nunca en el mundo entero... Pero hoy todo lo que entonces vi está derrocado y destruido; nada queda en pie.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Nosotros comemos de la tierra
Luego la tierra nos come a nosotros.

Canción náhuatl de la sierra de Puebla

PERSONAJES PRINCIPALES DE ESTE LIBRO

PITOQUE Ciudadano de la ciudad vasalla de Cholula. Comerciante que a veces realiza misiones de espionaje para los aztecas.

Maxtla Hijo de Pitoque y Kalatzin, la esposa de Pitoque. Zaachila es su hermana.

Toe Jefe de los porteadores de Pitoque.

Moctezuma II Huey tlatoni, «Gran Orador» y emperador de los aztecas.

Cacama Sobrino de Moctezuma y rey de Texcoco, una de las ciudades que forman la Triple Alianza Azteca.

Azotl Poderoso funcionario azteca que lleva el título de Guardián de la Casa de la Oscuridad. En estas páginas, con frecuencia se habla de él como el funcionario mayor.

Ometzin Joven pupila de Azotl. Le apasionan muchas cosas, en especial las ranas y los pájaros.

Huitzilopochtli Principal deidad azteca, el dios guerrero, representado por la imagen de un colibrí.

Quetzalcoatl Otra deidad de mucho poder, la Serpiente Emplumada de las leyendas mexicanas, adorada en todo el imperio azteca y más allá. Los mayas la conocen como Kukulcán. En los dos casos, es el dios del saber, que combina las fuerzas de la tierra y del cielo. Su consorte es Tonantzin, la diosa de la tierra.

Dice la profecía que *Quetzalcoatl* volverá al reino de los hombres en el año azteca de 1-caña, que coincide con el año romano de 1519.

Hernán Cortés Capitán general español al frente de una expedición de conquista que, desde Cuba, parte hacia el oeste en el año 1519.

Pedro de Alvarado Lugarteniente favorito de Cortés.

Alonso Puertocarrero Principal rival de Alvarado para conseguir el favor de Cortés. Está emparentado por matrimonio con el conde de Medellin.

Virgen de los Remedios Patrona de los conquistadores españoles.

Jerónimo de Aguilar Náufrago español, que arribó a la costa maya ocho años antes de la llegada de Cortés. Además del español, habla la lengua maya de la zona costera con soltura.

Doña Marina O Malintzin, como se la conoció en un tiempo, princesa de habla náhuatl que fue vendida como esclava a un jefe maya. Hablaba náhuatl y la lengua maya de la costa.

Virgen Morena Conocida como Virgen de Guadalupe; patrona de México.

AGRADECIMIENTOS

SE DICE a menudo que escribir es una actividad solitaria y, en muchos sentidos, es así. Pero es también una empresa común. He tenido la suerte de encontrarme con un vecindario magnífico.

Alison MacGregor me apoyó, firme como una roca, al principio de este proyecto y continuó animándome durante todo el recorrido.

Jan Whitford, mi agente, se encargó de la logística y de mucho más.

Gracias a Lorissa Sengara por darme el tono perfecto y a Becky Vogan por una lectura excepcionalmente atenta y eficaz del manuscrito.

No podría haber escrito este libro de no ser por Jennifer Glossop, que me enseñó su truco con las fichas de clasificación y no dejó de azuzarme con las palabras mágicas: «No sé por qué no haces algo más con esta idea». Cada vez que lo decía, ponía en marcha mi imaginación y cada vez parecía funcionar.

Estoy en deuda con mis jefes en *The Toronto Star* por concederme el tiempo y la tranquilidad mental para acabar este libro. Gracias a John Honderich, editor, a Mary Deanne Shears, jefa de redacción, y a Colin MacKenzie, director de la edición de los sábados.

Quiero hacer patente, muy especialmente, mi gratitud a Iris Tupholme, cuya idea original dio nacimiento a este libro y que respaldó esa idea con su apoyo y confianza inquebrantables. Apoyó este proyecto desde el principio hasta el final. Se aseguró de que se hiciera. Y, de alguna manera, no dejó nunca de sonreír.

Pero yo soy quien ha escrito el libro y cualesquiera errores, descuidos o disparates que contenga son míos.

PRÓLOGO

PRIMERO, hubo los sueños. Todos prometían la ruina. Luego vinieron los cometas, hendiendo el cielo hacia la tierra. Al este, aparecieron extrañas estrellas, de un brillo delirante, donde nunca antes había habido tales astros.

Más tarde, se oyeron voces de mujer, gimiendo en la noche.

—Huid —gritaban—. Huid. Coged solo lo que podáis llevar. Corred si queréis salvar la vida.

Diez años pasaron como una exhalación de esta atroz manera; el mundo erizado de augurios y señales. Y luego llegaron los barcos, salvo que nadie sabía que eran barcos. La gente pensaba que eran montañas o torres que flotaban en el mar.

En la corte real de Tenochtitlan, capital del imperio azteca, los sacerdotes y los ancianos andaban pesadamente de un lado para otro, se tiraban del pelo, se acuchillaban el pecho con cuchillos de obsidiana y rezaban a sus dioses. Ofrecían sacrificios. No tardaron mucho en recibir imágenes, toscas, dibujadas rápidamente en el áspero papel que usaban entonces, hecho de sisal. Los dibujos no fueron de ninguna utilidad porque mostraban solo lo que ya había sido descrito. Cosas absurdas. Montañas o torres que cabalgaban sobre el mar.

Los siguientes informes fueron todavía más alarmantes. Esas montañas o torres o lo que fueran, contenían hombres o seres con aspecto de hombres; criaturas extrañas, ceñudas, altas y de piel pálida, con espesas barbas y pelo greñado que les colgaba por encima de las orejas. Incluso a gran distancia, despedían un olor agrio que llegaba a asfixiar. También se recibieron imágenes de esos extraños espectros. Tenían el aspecto de monos gigantes.

Esto sucedía en el año 12-casa, el decimosexto año del reinado de Moctezuma II, emperador de los aztecas, o 1517 d.C., como se calcularía después el tiempo. En Tenochtitlan todo era consternación. ¿Qué eran aquellas criaturas? ¿Eran demonios, dioses u hombres? ¿Venían en son de paz o de guerra? Temerosos de los augurios que desde hacía tanto se cernían sobre su trono, el gran señor Moctezuma II y sus consejeros debatían y conferenciaban, ingerían hongos, veían visiones, hacían sacrificios a sus dioses. Estaban desesperados por encontrar el sentido de aquellos acontecimientos, pero resolvieron no dejarse dominar por el pánico. Decidieron actuar según su costumbre.

Despacharon espías.

LIBRO PRIMERO

LAS MANSIONES DE LOS DIOSES

EL COMERCIANTE DE CHOLULA

—ESTOY preocupada por Maxtla. —La mujer llamada Kalatzin dejó su bebida de chocolate y alisó los pliegues de su vestido de algodón—. Se está volviendo incorregible. Ya no puedo gobernarlo. Tengo miedo de que haga algo que ellos no le perdonarán.

—¿Ellos? —El marido de la mujer, Pitoque, se frotó la frente con la mano derecha. Estas discusiones domésticas siempre lo agotaban. Era comerciante de profesión (un *pochteca*) y vivía para los caminos abiertos—. ¿A quién te refieres con «ellos»?

Ella se encogió de hombros.

—Sus maestros. Los ancianos. Los sacerdotes.

—¿Los sacerdotes? ¿Por qué tendrían los sacerdotes que preocuparse por Maxtla?

Ella tomó un sorbo de chocolate y empezó a explicarse. Su hijo —es decir, el hijo de los dos— andaba con una pandilla violenta de la *telpochcalli*, la escuela donde seguía sus estudios. Un grupo de chicos empecinados se dedicaban a causar problemas y Maxtla se había juntado con ellos.

—No respetan nada ni a nadie. Vagan por ahí a todas horas, metiéndose en todo tipo de líos. Molestan a gente inocente. Escupen y juran. Me han dicho que a veces se hacen con jarras de pulque, no sé cómo. Dios sabe que aquí no encuentran pulque, pero lo consiguen en algún sitio. Se emborrachan de manera intolerable y van por ahí tambaleándose y vomitando en público.

Pitoque se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—¿Vomitan en público, eh? ¿Y qué será lo siguiente que hagan? ¿Es que nadie dirá basta a toda esa delincuencia? —Recordaba que él también había sido joven. ¿Es que

no había vomitado una o dos veces después de un encuentro desafortunado con un cierto exceso de pulque? Le advirtió a su mujer—: Son chicos que juegan a ser hombres.

Ella torció el gesto irritada.

—Puede que sea así. Pero escúchame. No estoy hablando de simples diabluras juveniles. Ha habido incidentes. Ha...

—¿Incidentes? —dijo Pitoque—. ¿Qué tipo de incidentes?

De nuevo, Kalatzin dejó el chocolate y procedió a explicárselo. Estaban sentados en el patio interior de su casa, en Cholula, una pequeña ciudad de las tierras altas, donde el aire era fresco y limpio todo el año. Su casa no mostraba signos de riqueza en el exterior —un subterfugio deliberado para evitar atraer una atención no deseada—, pero en el interior era un pequeño palacio, un entramado de corredores oscuros y patios compactos y soleados. Aquí, en el patio principal, una fuente borboteaba entre rosales y árboles en flor. Había guacamayos parloteando en sus jaulas de bambú. Como otros de su profesión, Pitoque era un hombre de medios considerables, pero vestía con sencillez y evitaba exhibir muestras externas de riqueza. Esto era un artículo fundamental del código de los *pochtecas*, porque no se ganaba nada despertando la envidia de los demás. En cambio, alguien que pareciera pobre podía hacer mejores tratos que otro sospechoso de enriquecerse con su negocio. Pitoque había conseguido muchos tratos provechosos en su tiempo. A sus treinta y cinco años de edad —con una esposa hermosa, un hijo apuesto, una hija encantadora y un medio de vida próspero— tenía mucho de que estar agradecido. Los dioses de su pueblo lo habían bendecido una y otra vez.

O eso habían hecho en otro tiempo.

Diez años antes, durante su vigésimo sexto año, su buena fortuna había cambiado. El recuerdo aguijoneó su mente, como hacía con frecuencia, y perdió el hilo de lo

que su mujer decía. Sintió aquella recordada agonía en la parte de atrás de la boca, vio cómo se agitaba un esbelto brazo a la tenue luz contra un fondo de humo y oyó un grito ahogado. Luchó contra el impulso de alzar la voz y protestar, de alzar las manos y levantarse de un salto. «¡Basta! ¡Basta ya! ¡Parad! ¡Parad ya!»

—¿Pitoque? —Kalatzin se inclinó hacia delante en la silla—. ¿Estás bien, esposo mío?

—¿Eh? Sí, sí, claro. Era solo... solo una abeja. Una fastidiosa abeja. Ah, aquí está otra vez. —Pitoque empezó a dar manotazos al aire, donde no había ningún moscardón. Llevaba diez años haciéndolo, disfrazando sus secretos con algún artificio así, algún gesto igualmente idiota—. Por favor —le dijo a su mujer—, por favor, continúa.

Kalatzin se recostó en la silla, se alisó la falda y se aclaró la voz. Su esposo tenía sus excentricidades, por ejemplo manotear contra insectos inexistentes, pero era un buen hombre. Lo que pasaba era que estaba lejos de casa con demasiada frecuencia y sus viajes parecían haberle ablandado el cerebro. Pero ¿qué le íbamos a hacer? Era un *pochteca*. Los viajes eran la base de su profesión. Volvió al problema inmediato, que era Maxtla, su hijo.

Mientras escuchaba cómo su mujer le contaba su preocupación sobre el muchacho, el entrecejo de Pitoque se fruncía y su actitud iba cambiando. No se trataba de un asunto frívolo, después de todo. Los «incidentes» de los que ella hablaba eran claramente causa de preocupación. A veces tenían que ver con centinelas o emisarios aztecas. Se habían lanzado piedras. Se había vertido sangre, sangre azteca.

Pitoque se acercó más a su mujer.

—¿Y tú crees que Maxtla está implicado en todo esto?

Kalatzin se encogió de hombros. No lo sabía, pero estaba igualmente preocupada. La participación de Maxtla era sin duda posible.